

Hasta el último aliento

Reconstrucción de este antropólogo incesante cuyo asesinato conmueve a tantos por dentro y por fuera de la Universidad de Antioquia

Mejor será escribir *hernanhenao*, porque así vertiginosamente se pronunciaba su nombre y su apellido a la vez. O, para ser más exactos, habría que poner al lado de su identidad, su pasión: Hernanhenao-antropólogo-intelectual-de-acción. Todo eso a la vez, pero no necesariamente en ese orden, era este profesor de 54 años, nacido en Manizales, pero vinculado a Medellín por tierra, mar, aire y corazón, desde cuando empezó a estudiar bachillerato en el San José.

Su mamá, que es una señora dulce como su nombre –Angélica Delgado–, contó

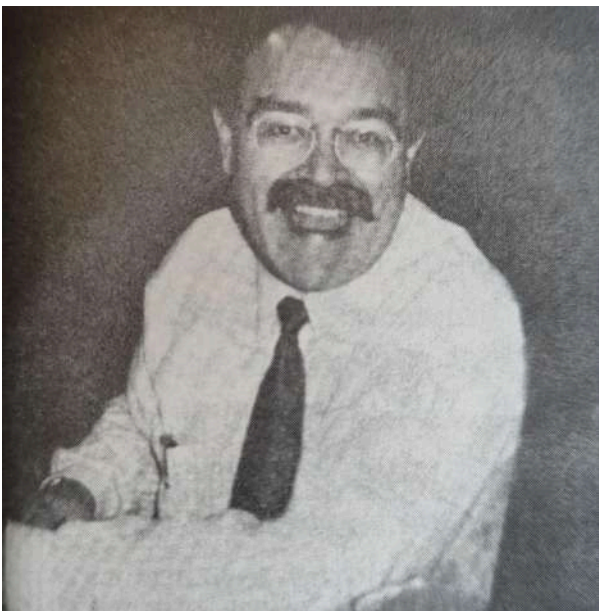
en los días en que comenzaba el luto y regía el estupor, que Hernán estudió en Bogotá dos años de arquitectura, hasta que entendió el llamado de la antropología de la que se graduó en la Universidad Nacional y de la que hizo un master en la Universidad de California, en la ciudad de Berkeley. Tan apasionado resultó por esa ciencia que se volvió un sinónimo de ella: antropólogo igual Hernanhenao.

Y también era sinónimo de la Universidad de Antioquia, porque a ella le consagró más de 25 años, que son toda la vida porque allí, además, la perdió. Fue en su propia oficina de director del Instituto de Estudios Regionales donde se cometió

lo inexplicable y lo inexcusable. Su asesinato produjo tantas especulaciones como silencios. Especulaciones que fueron desde los conflictos internos que viven adentro de una universidad no exenta de su entorno en guerra, hasta que fue una operación sutil para emitir mensajes de pánico a quien quiera oírlos.

Especulaciones como esas o como todas las otras, que, de todas maneras, tenían

Un país con 40 millones de víctimas no puede ser salvado por ningún mesías



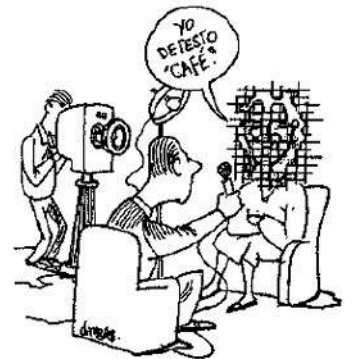
una coincidencia: no le dispararon a *hernanhenao* sino a lo que significaba: su importante estatus de profesor clave y de investigador destacado; su condición de puente de la Universidad hacia otras instituciones, hacia la sociedad; su convicción de la neutralidad como única arma utilizable por una institución educativa.

Pero los que armaron a esos tres sicarios, dispararon también contra un hombre apacible, que nunca hizo proselitismo y jamás política. Era un académico, investigador y hacedor de investigadores, que se convertía en casi un papá de quienes llegaban ávidos de sus luces.

Dueño, tal vez sin darse cuenta, de una excepcional voz que cautivaba audiencias, era un entretenido lector público y un consagrado lector en su bien dotada biblioteca privada. Por la sobriedad de su estilo de vida y por el amor que se respiraba allí, su hogar era feliz. En él tenía la condición de ser el único hombre, rodeado de Dora, Marcela y Natalia. Esposo, compañero, cómplice de la primera desde hacía 27 años y papá de las dos segundas, *hernanhenao* era de esos señores que respiraba la sensación de no cambiarse por nada ni por nadie.

Con esa sensación lo cogió la muerte asesina. Con una sensación de plenitud quizá. Aunque, seguro, no sabía que la muerte estuviera al acecho porque no había estrenado la sospecha ni usaba la malicia para identificar canallas. Nada. Inocente e ingenuo tanto y tanto que hasta en su página de internet aparecen datos personales que un temeroso o culpable hubiera escondido por siempre jamás.

De La Pringamosa



Mayo de 1999

Sin alma

Por Maryluz Vallejo

Sin Alma Mater nos están dejando los desalmados. Cuando anunciaron su odiosa presencia, empezamos a mirarnos con desconfianza, a calibrar las palabras en las filas de las cafeterías y en las aulas, para no dar tiro.

Pero luego comenzaron a circular las listas negras: esas que hicieron temblar a los judíos en Europa, a los republicanos en la dictadura de Franco, a los intelectuales en la persecución anticomunista de McCarthy, a los opositores de Pinochet... y estar en la lista negra de una organización de *tinieblas* en una universidad curada de espantos y tomada por los violentos de toda laya, es decir mucho: significa enmudecer para un profesor enseñado a expresar sin cortapisas sus ideas; desviar el rumbo de una investigación para no pisar minas quiebra patas; desconectar el teléfono, vivir en la zozobra o exiliarse, “por saber demasiado”.

Cuesta creer que la ciudad universitaria, con esa arboleda que a la vez arropa y refresca, se haya convertido en escenario de una guerra más que sucia, mugrienta, donde los mercenarios, a tono con la docencia, matan después de llamar a lista, y con silenciador para mayor inri. Como los nazis que expurgaban en las genealogías el más lejano ascendente no ario para hacer su limpieza étnica, estos fascistas criollos investigan la hoja de vida del académico para comprobar si ha defendido alguna vez los derechos humanos, delito de lesa humanidad en sus códigos retorcidos. ¿Por qué no se quedan en sus territorios ampliamente despejados, jugando ruleta rusa con sus sofisticadas armas, y nos dejan con nuestros estudiantes y nuestras utopías?, como hubiera querido seguir haciéndolo el antropólogo Hernán Henao Delgado, quien dedicó su vida a desentrañar los fenómenos sociales de esta golpeada región. El Alma Mater está devastada con este crimen, pero al menos le queda el espíritu de cuerpo; en cambio, en el alma de estos asesinos espantarán. Que en paz descanses, profesor.

Mayo de 1999

Las explicaciones

Por Ana María Cano

Es que era investigador de derechos humanos... A cada asesinato se le busca su razón de ser.

Es la lógica mortal del miedo. Y la capa del acostumbramiento. La supervivencia de una selección artificial implacable por encima de la selección natural que controla la biología. Los periodistas buscan causas para incluirlas en la introducción. Los deudos buscan cuentas pendientes para ver si “debía algo”, es la manera abominable como despachan a quien tiene algo que temer...

Pero si todos tenemos que temer. O es que los que cuentan las lápidas propias, podrán caminar por ahí todos tranquilos. Puede que impunes sí, pero tranquilos no. Aquí no se sabe cuando se amanece en el bando de otro, en qué momento lo que uno piensa o dice, hace esquina con una bala desviada. Es el terror de la indiscriminación, de la incompreensión, del absurdo cortante que sólo produce hechos.

El impacto de las armas contra el silencio del pensamiento: una desigualdad proporcional a la de los ingresos y las oportunidades en este país.

Oscar Wilde después de estar preso tardes y tardes en la cárcel dijo como un acertijo. “Todo lo que se comprende, está bien”. Aquí no hemos comprendido qué nos pasa.

Mayo de 1999

De La Pringamosa

